

sa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodolfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiéndole que á medida que lo llenaba de tierra volvían á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hacía el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodolfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Véidla aqui:

AQUI EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUE MUERTO POR SU HERMANO, OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINO SU VIDA EN EL DESTIERRO Y LA DESESPERACION, Y FUE EL ULTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Rothen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de esta roca que domina al valle á la altura de casi tres mil pies, fué precipitado por el genio de la montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guia con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se extendia del uno al otro confin del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detras de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, que armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado

teniendo á sus pies la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo:

—Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿por qué venis á atormentar así á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Por qué, pues, subis entonces aqui para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

—Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demas hombres, escepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador:

—Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cebra que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hacía el sitio donde habia caido el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la

ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron espantando, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrías por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y salió tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Siguióla el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonía no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caído, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increíble, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Lutchine el riachuelo que costea el camino de Lauterbrunnen; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Lutchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reunen al pié del Hunnenfluh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grindewald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grindewald. Nosotros continuamos costeano el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habiamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos pies por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que

ha socavado en la roca, no por la fuerza si no por la continuacion de su caída, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica cascada; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se cantonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volumen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide, y despues se esparce, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demas, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocío de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viajeros á diez minutos de intervalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetaría pone en seguirlos. No varia solamente en su forma, sino tambien en su color; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo líquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hacía su origen é interrumpen enteramente su caída; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensan en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda; terminando, en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecien el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al dia siguiente fui despertado al amanecer por mi guia con una cancion tirolesa bajo mi ventana.

Desde Berna y con las primeras palabras tudescas que habíamos oído, nos habían acompañado por todas partes canciones populares peculiares del país. Es preciso haber viajado por Alemania para conocer cuán propagado se halla el genio musical en aquella tierra. Los niños se mecen entre los cantos nacionales, los aprenden al mismo tiempo que su lengua materna y los modulan con sus primeras palabras; y hombres sin método y sin maestro acercan á sus labios los instrumentos y sacan de ellos un partido armonioso, con un encanto que en vano se pediría algunas veces á nuestros más hábiles profesores. Ya no son allí los roncos cantares de los muchachos de las llanuras de Francia, ni los aullidos salvajes del guía de las montañas de la Saboya, son cantares que se corresponden, modulaciones infinitas reproducidas únicamente con algunas notas, octavas recorridas osadamente sin escala intermedia, piezas cantadas por seis personas y en que cada cual toma al primer golpe la parte que conviene á su voz, la sigue en todas las modulaciones adornándola á su capricho con notitas rápidas y chispeantes y que en fin, no ofrece ningún otro país, excepto la Italia; y todavía aun en un grado muy inferior en mi opinión.

Creiendo mi guía que no le había oído comenzó una segunda tirolesa en un tono más alto. Abrió mi ventana y le escuché hasta el fin.

—Tenemos buen tiempo, Willer? le dije cuando hubo concluido.

—Si, si, me dijo volviéndose, ya se oyen silbar las marmotas, y esa es una buena señal. Solo si quisiérais partir ahora mismo llegaríamos á las tres á Grindelwald, de este modo habría tiempo de visitar la nevera hoy mismo.

—Estoy listo, respondí.

En efecto, no tenía más que ponerme mis polainas y echarme la balsa. Encontré á Willer á la puerta de la posada con el morral á la espalda, y mi bastón en la mano; me lo dió y nos pusimos en camino.

Así iba á emprender de nuevo mi vida de montañés, mi peregrinación de cazador, de artista y de poeta, con mi álbum en el bolsillo, mi escopeta al hombro y mi bastón con puntas de hierro en la mano. Viajar es vivir en toda la extensión de la palabra; es olvidar lo pasado y el porvenir por lo presente: es respirar á su placer, gozar de todo, apoderarse de la creación como de una cosa propia; es buscar en la tierra minas de oro que nadie ha explotado, y en el aire maravillas que nadie ha visto; es pasar después de la multitud y recoger sobre la yerba las perlas y diamantes que ignorante y negligente ha tomado por copos de nieve ó gotas de rocío.

Es seguramente cierto esto, como que muchos han pasado antes que yo, y no han visto las cosas que yo he visto, ni han oído las re-

laciones que á mí se me han contado, y no han vuelto llenos de esos mil recuerdos poéticos que mis pies han hecho trotar, separando, con gran pena á veces, el polvo de las pasadas edades.

Las investigaciones históricas que yo me he visto obligado á hacer, me han dado también una paciencia admirable para esas cosas. Yo ojeaba á mis guías como á manuscritos, demasiado feliz aun cuando aquellas tradiciones vivientes de lo pasado hablaban la misma lengua que yo. No se ofrecía en nuestro camino una ruina cuyo nombre no les obligase yo á recordar; ni había un solo nombre cuyo sentido no les hiciese explicarme. Esas historias eternas que quizá me harán el honor de atribuir á mi imaginación, porque ninguna crónica las cuenta ni en ningún itinerario se refieren, me han sido contadas más ó menos poéticamente por los hijos de las montañas, que han nacido en la misma cuna que ellas; las habían oído á sus padres á quienes sus abuelos se las habían dicho. Tal vez quizá no se las repetirán á sus hijos, porque de día en día la sonrisa incrédula del viajero de gran talento, hace espirar en sus labios aquellas sencillas leyendas, que florecen como las rosas de los Alpes á la orilla de los torrentes, al pie de todas las neveras.

Desgraciadamente para mí no había nada igual en la ascensión de la Vengenalp (este era el nombre de la montaña que subíamos), y si alguna cosa hubiese podido indemnizarme, hubiera sido sin duda, la maravillosa vista que se desarrollaba ante nosotros á medida que íbamos subiendo. A nuestros pies el valle de Lauterbrunnen, verde como una esmeralda, diseminaba sobre el césped sus casas encarnadas; enfrente el magnífico Stambach, cuyas cascadas superiores divisábamos entonces, merecía su nombre de polvo de agua, tan parecido era á un vapor flotante; á la izquierda el valle cerrado al cabo de dos ó tres leguas por la nevada montaña de donde se precipita el Schmadribach, cual si el mundo terminase allí: á la derecha el valle que acabábamos de recorrer, desarrollándose en línea recta en toda su extensión, y volviendo los ojos, con el auxilio del Lutchine, que les sirve de conductor hasta la aldea de Interlaken, de la que al través de aquella atmósfera azulada que solo pertenece á las montañas, se divisaban las casas y los árboles, semejantes á los juguetes que se encierran en una caja y con los que forman los niños encima de una mesa ciudades y jardines.

Al cabo de una hora hicimos un alto para combinar nuestra admiración y nuestro almuerzo; cosa muy fácil. Una roca saliente nos ofreció una mesa, un manantial su agua helada, y un nogal su sombra. Sacamos las provisiones del morral, y reconocí con gran placer á la primera ojeada que sobre ellas eché, que Willier era, por lo que toca á la previsión,

digno de ser nombrado para lo restante de camino comisario general de los viveres de toda la caravana.

Una nueva etapa de una hora nos condujo á la primera cumbre de la Vengenalp, cumbre cortada á pico á la que se llega por un camino tallado en la roca en ziz-zag. Una vez sobre la meseta, la pendiente de la subida es más suave, y el sendero, tomando por último un partido forma línea recta por espacio de una legua; después se encuentra una casita de campo en donde se hace alto. Habíamos llegado al pie de la Yungfrau.

Yo no sé si el nombre de esta joven dado á la montaña que tenía delante de mis ojos la adornaba para mí de una gracia mágica; pero si es que además de la causa por la que se le ha dado, está maravillosamente en armonía con sus proporciones elegantes y su blancura virginal. En todo caso, y en medio de aquella cadena de colosos, sus hermanos y hermanas, me ha parecido la privilegiada de los viajeros y de los montañeses. Enseñan los guías, sonriéndose, otras dos montañas colocadas sobre su poderoso pecho, llamadas por los geógrafos *puntas de plata* (1), y á las que los guías más sencillos han dado el nombre de *tetas*.

Enseñan á su derecha el Finster-Aarhorn, más elevado (2) que aquella, la Blumlisalp, más poderosa por su base, pero vuelven siempre á la virgen de los Alpes, de la que hacen la reina de las montañas.

Este nombre de virgen fué dado á la Yungfrau, porque ningún ser creado había, desde la formación del mundo, manchado su capa de nieve, ni el pie del gamo, ni la garra del águila habían llegado á las altas regiones adonde ella levanta su cabeza. El hombre, sin embargo, resolvió hacerla perder el título que tanto tiempo y tan religiosamente había conservado. Un cazador de gamos, llamado Pouman, hizo por ella lo que Balmat había hecho por el Mont-Blanc; después de varias tentativas inútiles y peligrosas llegó á subir á su punta más elevada, y una mañana los montañeses asombrados vieron tremolar al altar encarnada sobre la cabeza de la desflorada doncella. Desde entonces la llaman la *frau*, porque según ellos, ya no tiene derecho de llevar el epíteto de *yung*, ultraje que equivale al que nosotros haríamos si arrancáramos de la frente ó del fétetro de una doncella el ramillete de azar, adorno simbólico con el que sus compañeras la condujesen al altar ó al sepulcro.

Sobre una de sus tetas, sobre la que mira al valle de Lauterbrunnen, un *hammerger* (3) devoró á un niño que se llevó de Grindelwald, sin que sus padres ni cuantos acudieron á sus gritos pudieran socorrerle.

(1) Silberhorn.

(2) Trece mil doscientos cuatro, la Yungfrau tiene doce mil ochocientos sesenta y cuatro.

(3) Gran buitre de los Alpes (*gyppaetos barbatus*).

A la derecha de la Yungfrau se levanta el Wetter-Horn, (pico del tiempo), llamado así, no porque sea contemporáneo del mundo, *intacta avis congenita mundo*, sino porque pronostica el tiempo que hará según se halle cubierto ó despejado de nubes.

A su izquierda se estiende sobre una base de muchas leguas la Blumlisalp (montaña de las flores), cuyo nombre tan significativo como el de Wetter-Horn, me pareció presentar con su apariencia una analogía más difícil de explicar, pues la montaña de las flores está enteramente cubierta de nieve. Entonces recurrí á Willer, que me explicó así esta contradicción que hay entre el nombre y la montaña á la cual está aplicado.

—Nuestros Alpes, me dijo, no han estado siempre incultos cual lo están hoy. Las faltas de los hombres y los castigos de Dios han hecho descender las nieves sobre nuestras montañas y las neveras á nuestros valles; antes los ganados pacían adonde ahora no se atreven á subir el águila ni los gamos. Entonces la Blumlisalp estaba como sus hermanas y más brillante aun que ellas sin duda, pues la sola entre todas había merecido el nombre de montaña de las flores. Era de patrimonio de un pastor rico como un rey, que poseía un magnífico rebaño, en este rebaño había una ternera blanca, era el objeto de todo su afecto. Había hecho construir para ella sola un establo que parecía un palacio, y al que se subía por una escalera de quesos. Una noche de invierno vino á visitarle su madre que era pobre y habitaba en el valle; pero no habiendo podido tolerar las reconveniones que le hacía sobre su prodigalidad, la dijo que no tenía sitio para alojarla aquella noche y que así era menester que volviese á bajar otra vez á la aldea. En vano le suplicó le diese un rincón en la cocina junto al fogón, ó en el establo de su ternera; la hizo agarrar por sus pastores y echarla fuera. Silbaba en el aire una brisa húmeda y helada, y la pobre muger miserablemente vestida como estaba, se sintió penetrada de un intenso frío: entonces empezó á bajar hácia el valle entregando aquel hijo ingrato á todas las venganzas celestiales. Apenas fué pronunciada la maldición, cuando la lluvia que caía se convirtió en nieve tan espesa, que á medida que la madre bajaba y detrás del último pliegue de su vestido que arrastraba, parecía que la montaña se cubría como con una mortaja. Llegada al valle cayó agobiada del frío, de la fatiga y del hambre. Al día siguiente fué encontrada muerta, y desde entonces la montaña de las flores quedó cubierta de nieve.

Mientras Willer me daba esta explicación llegó hasta nosotros un ruido parecido al redoble del trueno, y mezclado de espantosos crugidos; creí que la tierra iba á abrirse bajo nuestros pies, y miré con inquietud á nuestro guía, diciéndole:

—¡Y bien!... ¿qué es esto?

Entonces estendió su mano hácia la Yungfrau y me enseñó una especie de cinta plateada y movable que se precipitaba de los costados de la montaña.

—¡Toma! una cascada, dije yo.

—¡No! es un alud, respondió Willer.

—¿Y eso es lo que produce ese estrépito tan espantoso?

—Eso mismo.

Yo no quería creerlo; parecíame imposible que aquel arroyuelo de nieve que desde lejos parecía una cinta de gasa flotante produjese un ruido tan aterrador. Volvi los ojos á todas partes para buscar la verdadera causa; pero entretanto se apagó, y cuando miré de nuevo á la Yungfrau, ya habia cesado de correr la cascada.

Entonces Willer me dijo que descargase mi escopeta al aire, y lo hice.

La detonacion, que al pronto me pareció mas débil que en el llano, fué á estrellarse contra las montañas; nos fué devuelta repentinamente por su eco, y despues, á las últimas vibraciones sucedió un rugido sordo y crecientemente, parecido al que ya una vez me habia causado sorpresa. Willer me enseñó entonces en la base de una de las tetas de la Yungfrau una segunda cascada improvisada, y como el ruido era idéntico, necesité reconocer que la causa era la misma.

En esto divisamos corriendo hácia nosotros á un especie de enano montañés, á un chico raquitico que traia en sus brazos un cañoncito: lo colocó á nuestros pies, se agachó, hizo la punteria con tanto cuidado como si la bala hubiese debido abrir brecha en la montaña, y acercando un pedazo de yesca sopló sobre el oído hasta que salió el tiro. Inmediatamente se renovó por tercera vez el mismo accidente. La precipitacion del pobre diablo habia sido causada por la detonacion de mi carabina: tenia por oficio hacer caer aludes, y como yo lo habia hecho por mi mismo, temia que se le escapasen aquella vez los batz (1) que saca de propina por medio de su artilleria á los viajeros que atraviesan la Vengenalp: yo le tranquilicé al momento pagándole el tiro de mi carabina al mismo precio que su cañonazo.

Despues de habernos detenido cerca de una hora contemplando aquel magnífico espectáculo, volvimos á ponernos en camino, continuando la subida por una cuesta muy suave hasta el momento en que nos hallamos en el punto mas elevado de la arista de la Vengenalp, habiendo dejado ya buen rato antes, tras de nosotros los pinos, que semejantes á los soldados rechazados en un asalto, nos ofrecieran al principio, reunidos en bosque, el aspecto de un ejército que se reúne; mas arriba diseminados segun su fuerza vegetativa la apariencia de tiradores que sostienen la re-

tirada; y finalmente, en donde concluye su dominio, troncos caidos sin hojarasca ni corteza, semejante á cadáveres tendidos y desnudos en el campo.

Detuvimos antes de bajar la ladera opuesta para despedirnos del pais que acabábamos de recorrer, y para saludar al otro en que íbamos á entrar. Reparé entonces en que nos hallábamos por casualidad en el centro de un círculo de treinta pasos de circunferencia, y aunque en derredor de él estuviere la tierra cubiertas de rosas de los Alpes, de genciana purpúrea y de anapelo, bajo nuestros pies el suelo estaba seco y desnudo como lo está en nuestros bosques en los sitios en donde se acaba de hacer carbon. Pregunté la causa de aquello á Willer, quien se hizo de rogar mucho tiempo para contarme la siguiente tradicion, que no me refirió, debo hacerle justicia, si no advirtiéndome que no la creia.

Habia en otro tiempo en el valle de Gadmin un hombre muy sabido en cosas de magia, que mandaba á los animales como á inteligentes servidores. Todas las noches del sábado al domingo, los reunia sobre las montañas mas altas, ya á los osos, ya á las águilas, ya á las serpientes, y allí, describiendo con su varita un círculo que no podian salvar, los llamaba silbando: y cuando estaban reunidos les daba sus órdenes que iban á ejecutar al momento por los cuatro ángulos de Oberland.

Una noche que habia reunido á los dragones y serpientes, les mandó tales cosas, á lo que parece, que le rehusaron sus acostumbrados servicios. El mágico se enfadó y recurrió á encantos de que aun no habia echado mano, porque se guardaba de recurrir á palabras que, aunque sabia que eran poderosas, las tenia como criminales. Apenas las hubo pronunciado vió que dos dragones se apartaban de los demas reptiles que le rodeaban y se dirigian hácia una caverna cercana. Creyó que por fin obedecian, pero al momento volvieron á aparecer trayendo sobre sus espaldas una enorme serpiente cuyos ojos brillaban como dos carbunclos, y que llevaba en su cabeza una coronita de diamantes: era el rey de los basiliscos. Acercáronse de aquel modo hasta el círculo, del que no podian pasar, pero llegados á él levantaron en alto á su soberano y le lanzaron por encima de la linea mágica, que salvó de este modo sin tocarla. El mágico no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y decir: Estoy perdido: al otro día se le encontró muerto en medio de su círculo infernal, en el que despues no ha crecido planta alguna.

Al momento dejamos aquel sitio maldito y nos dirigimos á Grínderwald, á donde llegamos felizmente sin haber encontrado al rey ni á la reina de los basiliscos (1). No nos detu-

(1) Monedita suiza que equivale á tres sueldos.

(1) Los pastores creen aun en la existencia de serpientes que por la noche van á mamar de sus

vimos en la posada mas que para encargar la comida, y nos encaminamos en seguida á la nevera, que no dista mas que un cuarto de legua del pueblo.

He hablado ya de tantas nevezas, que no me extenderé en la descripcion de esta que no ofrece nada de particular. Unicamente contaré un suceso de que ella fué testigo y que servirá para hacer resaltar las costumbres particulares de la raza de hombres valientes y caritativos que ejercen su oficio de guias.

Súbese á la nevera de Grínderwald por medio de algunos escalones rústicamente formados en el suelo, y no me cuidaba yo mucho de hacer esta ascension, cuando Willer, que conocia mi flaco, me dijo que habia en él una cosa interesante que ver. Seguíle al momento.

Despues de un escalamiento bastante penoso y que duró cerca de un cuarto de hora, nos encontramos en la superficie de la nevera, cuya pendiente se hace desde entonces mas suave; sin embargo, á cada paso es preciso costear grutas profundas cuyas paredes van á reunirse, oscureciendo su color, á cincuenta, sesenta y cien pies de profundidad. Willer saltaba por cima de aquellas quebrajas; yo concluí por imitarle, y despues de otro cuarto de hora de marcha llegamos á un gran agujero redondo como el brocal de un pozo. Willer echó en el una gruesa piedra que tardó algunos segundos en encontrar el fondo, y luego me dijo:—Cayéndose aqui dentro fué donde se mató en 1824, Mr. Mauron, pastor de Grínderwald.

Hé aqui cómo sucedió el accidente y las consecuencias que tuvo.

Mr. Mauron, uno de los mas hábiles exploradores de la comarca, consagraba todo el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de sus funciones, en correrias en las montañas: bastante buen fisico y botánico distinguido, habia hecho curiosas observaciones meteorológicas y poseia un herbario donde habia reunido y clasificado por familias casi todas las plantas de los Alpes. Un día que se entregaba á nuevas adquisiciones atravesó la nevera de Grínderwald, se paró en el sitio donde nosotros estamos para arrojar piedras en el agujero que tenemos delante de la vista. Despues de haber escuchado la caída de varias, quiso descubrir el interior del precipicio, y apoyando su baston ferrado sobre el borde opuesto á aquel sobre que él se encontraba, se inclinó sobre el abismo, el baston mal sujeto, resbaló y el pastor se precipitó. El guia corrió desalentado al pueblo, y contó el accidente del que habia sido testigo.

Algunos días se pasaron durante los cuales esta noticia fué la conversacion de toda la comarca, el pastor era querido, y como el sentimiento causado por su muerte fué tan

vacas; y pretenden preservarse de esto colocando un gallo blanco en medio de sus rebaños.

grande, se suscitaron sospechas sobre la fidelidad del guia que le habia acompañado; estas sospechas pronto tomaron consistencia, y hasta se llegó á decir que el pastor habia sido asesinado y arrojado en seguida en el agujero de la nevera; el objeto del asesinato habia sido el de robarle la bolsa y su reloj.

Entonces todo el cuerpo entero de guias á quienes estas sospechas ofendian en uno de sus miembros, se reunió y decidió que uno de ellos, el que la suerte designase, bajaria, aun con peligro de su vida al fondo del precipicio que habia servido de sepulcro á su desgraciado pastor; si el cadáver tenia encima su reloj y su bolsa, el guia era inocente.

La suerte le tocó á uno de los hombres mas fuertes y mas vigorosos de la comarca, llamado Burguenen.

El día fijado, todo el pueblo se reunió en la nevera; Burguenen se hizo atar una cuerda á la cintura, una linterna al cuello, y tomando una campanilla en una mano para indicar al tocarla que necesitaba le subiesen, y su baston ferrado en la otra, á fin de preservarse del contacto cortante de los hielos, se dejó resbalar suspendido á un cable que cuatro hombres alargaban poco á poco. Dos veces estuvo á pique de asfixiarse, por la falta de aire, tocó y se le subió al nivel del agujero; pero al fin, á la tercera, se notó un peso mucho mas grande en el cabo de la cuerda. Burguenen reapareció trayendo el cuerpo mutilado del pastor.

El cadáver tenia su bolsa y su reloj. La piedra que cubre el sepulcro del pastor atestigüa el accidente de que fué victima y el arrojó del que arriesgó su vida para dar á su cuerpo una sepultura cristiana.

Hé aqui la inscripcion:

AMADO MOURON. MIN. DE S. E.
EN LA IGLESIA POR SUS TALENTOS Y SU
PIEDAD.
NACIDO EN CHARDRONNE, EN EL CANTON DE
VAUD,
EL 3 DE OCTUBRE DE 1790.
ADMIRANDO EN ESTAS MONTAÑAS
LAS OBRAS MAGNIFICAS DE DIOS
CAYÓ EN UN ABISMO
DEL MAR DE HIELO
EL 31 DE AGOSTO DE 1824.
AQUI REPOSA SU CUERPO
SACADO DEL ABISMO, DESPUES DE DOCE DIAS
POR CH. BURGUEENEN DE GRINDERWALD.
SUS PARIENTES Y SUS AMIGOS,
LLORANDO SU MUERTE PREMATURA,
LE HAN LEVANTADO ESTE MONUMENTO.

Barguenen calculó haber bajado á la profundidad de setecientos cincuenta pies.

EL FAULHORN.

Al día siguiente á las ocho de la mañana nos pusimos en camino para verificar la mas ruda ascension que hasta entonces habíamos intentado, teníamos la pretension de ir á dormir á la habitacion mas alta de Europa, es decir, á ocho mil ciento veinte y un pies sobre el nivel del mar; quinientos setenta y nueve pies mas alto del hospicio de San Bernardo, último límite de las nieves eternas.

El Faulhorn es, si no la mas alta, al menos una de las mas elevadas montañas de la cordillera que separa los valles de Thun, de Interlaken y de Brienz de los de Grindelwald y de Rosenlauwi.

Hace un año ó dos que un fondista, especulando con la curiosidad de los viajeros, tuvo la idea de establecer sobre la meseta que corta su cumbre, una pequeña hostería que habita durante el estío. Así que llega el mes de octubre abandona su especulacion y su domicilio, desmonta las puertas y las ventanas á fin de no tener que hacer otras al año siguiente, y abandona su casa á todos los huracanes del cielo, que se desencadenan hasta que no dejan ni un madero en pie.

Nuestro huésped del valle tuvo gran cuidado de prevenirnos con anticipacion, como cofrade caritativo, que la vida animal era muy pobremente alimentada en las regiones superiores adonde íbamos á llegar, atendido á que el posadero estaba obligado á llevar todos sus comestibles de Grindelwald y de Rosenlauwi, haciendo el lunes las provisiones de toda la semana; medida que no tenia ningun inconveniente para los viajeros que le visitaban el martes, pero que debía tener en gran perplexidad á los que como nosotros la casualidad llevaba el domingo á su casa. Nos invitó en su consecuencia y por nuestro interés, segun nos dijo, á volvernos á acostar á su casa, donde encontraríamos como ya nos habíamos podido convencer, buena cama y buena mesa. Le dimos las gracias por el consejo, pero le dijimos que nuestra intencion era si bajábamos el mismo día, irnos derechos á Rosenlauwi y ganar de esta manera una jornada de marcha. Esta declaracion le hizo perder al instante una gran parte de la solicitud que acababa de demostrarnos tan tiernamente, y en el momento de nuestra marcha aun pareció mirarnos con la mas completa indiferencia, sentimiento de que nos dió una prueba, negándose á venderme un pollo fiambre que yo queria á todo evento llevar de compañero de camino.

Partimos, pues, bastante alarmados por nuestro porvenir gastronómico.

Toda mi esperanza descansaba en este pun-

to en mi escopeta, que llevaba terciada á la espalda, pero cada uno sabe cuán precaria es en Suiza para el viagero la probabilidad de comer con lo que mate. La caza, naturalmente rara, deserta enteramente de las inmediaciones de los caminos frecuentados. Separéme, pues, cuanto pude del camino abierto, y me fui seguido de mi guia golpeando en todos los matorrales, á ver si hacia saltar alguna pieza.

De trecho en trecho deteníase aquel y me decia:—¿Oís?

Escuchaba yo, y efectivamente llegaba á mis oídos una especie de silbido agudo.

—¿Qué es eso? preguntaba yo.

—Marmotas, contestó mi guia. Mirad, continuó, las marmotas son esquisitas.

—¡Diablo! si pudiese alcanzar la que silba.

—¡Oh! no podreis. Se la desuella como un conejo, se pone en el asador, donde se la rocía con manteca fresca ó con crema, despues se echan encima algunas yerbas finas, y cuando se ha comido la carne y roído los huesos se chupa uno los dedos.

—Decid amigo, ¿entonces no me pesaria matar alguna?

—Imposible. O bien cuando se la quiere comer fiambre se la pone buenamente en una olla con sal, pimienta, y un puñado de perejil, echándole un poquito de vino; se la deja hervir durante dos horas, y luego se hace una salsa con aceite, vinagre y mostaza. Ya me contareis maravillas si llegais alguna vez á probarla.

—Pues bien, amigo, trataré de que sea esta tarde.

—¡Si, si, corriendo! Son tan indignos esos animales, como que saben lo excelentes que están asados ó cocidos. He ahí porque no se dejan acercar. Solo en el invierno se destrózan sus madrigueras y se les encuentra por docenas durmiendo en rueda.

Como yo no contaba esperar al invierno para probar la marmota, me puse en seguida á acechar la que silbaba, pero no bien me aproximé unos cuatrocientos pasos de ella, el silbido cesó, y probablemente el animalito se escondió en su madriguera, pues no volví á verla mas. Otra me dió la misma esperanza, pero me burló de la misma manera, y así de seguida cinco ó seis tentativas tan infructuosas como la primera me dieron á conocer la verdad de las palabras que el guia me habia dicho.

Volvíme al camino todo corrido, cuando saltó casi á mis pies un pájaro que no conocia. No estaba yo prevenido y se hallaba á cincuenta pasos cuando le disparé el tiro. Vi á pesar de la distancia que le habia tocado; mi guia me gritó que el pájaro iba herido. El pájaro continuó su vuelo, y yo me puse á correr tras de él para alcanzarlo.

Solo un cazador puede comprender por qué caminos se pasa cuando uno va corriendo tras de una pieza que va herida. No creo haberme presentado al lector como un intrépido

montañés; pues bien, yo bajaba á carrera tendida por una montaña tan pendiente como un tejado, tropezando con los matorrales en que me enredaba las piernas, dándome en los peñascos por encima de los que brincaba arrastrando conmigo un regimiento de piedras que á duras penas me seguían, sin mirar siquiera donde ponía mis pies; tan clavados tenía mis ojos en las curvas que describía revoloteando el desconocido pájaro que perseguía. Este cayó al fin á la otra parte del torrente; arrastrado por mi impulso, salté por encima sin calcular su anchura, y puse la mano sobre mi asado. Era un magnífico ortega blanco.

Se la enseñé al momento, dando un gran grito de triunfo, á mi guia; se habia quedado en el mismo sitio en donde yo habia disparado, y entonces fué cuando conocí el trecho que habia andado; creó que anduve un cuarto de legua en menos de cinco minutos.

Tratábase de volver otra vez á desandar el camino, cosa no muy fácil por varias razones; la primera era el torrente. Acercuéme á él y ví entonces que tenia de catorce á quince pies de ancho, espacio que yo habia salvado no hacia mas que un instante, y que sin embargo me parecia muy respetable ahora que la examinaba. Dos veces tomé carrera y dos veces me detuve á la orilla; oía yo reirse á mi guia; me acordé entonces de Payot, de quien me habia yo reído en iguales circunstancias, y me decidí á hacer lo que él, es decir, á subir por la cascada hasta que encontrase un puente ó fuese mas estrecho su cauce. Al cabo de un cuarto de hora advertí que tomaba una dirección contraria á la que yo necesitaba seguir, y que me habia apartado mucho de mi camino.

Volvíme entonces hácia donde estaba mi guia, me lo ocultaba una eminencia del terreno: aprovechéme de esta circunstancia, y cogiendo una rama de pino, sondé el torrente con ella, y bien convencido de que no tenia mas que dos ó tres pies de profundidad, bajé osadamente, lo vadeé y llegué á la otra orilla mojado hasta la cintura. Hallábame nada mas que á la mitad de mis trabajos; me faltaba aun que subir la montaña.

Al comenzar esta operacion apareció el guia en la cima, le grité que me trajera mi baston sin cuyo auxilio era evidente que quedaria en el camino: hubiera sido tal vez mas filantrópico decirle que me lo tirase, pero ademas de ignorar yo si le detendria algun obstáculo en el camino, no me pesaba el vengarme de cierta carcajada que aun resonaba en mis oídos y contra la que conservaba francamente rencor, y por la frescura del agua qua chorreaba de mis pantalones.

No por eso dejó de acudir Willer con toda la servicial obediencia que forma el fondo del carácter de aquellas buenas gentes; me auxilió con su esperiencia arrastrándose tras de su baston ó llevándose sobre sus hombros de modo que, al cabo de tres cuartos de hora po-

co mas ó menos, hube desandado el camino que habia recorrido antes en cinco minutos.

Sin embargo, como habíamos ido subiendo siempre comenzamos á hallar en nuestro camino grandes masas de nieve que el calor del verano no habia podido derretir; un viento frio pasaba á bocanadas cada vez que la montaña le ofrecia una salida; en cualesquiera otras circunstancias apenas hubiera yo reparado en ello, pero el baño local que acababa de tomar me lo hacia á cada momento muy sensible. Tiritaba, pues bastante de frío al llegar á la orilla de un pequeño lago situado á siete mil pies sobre el nivel del mar, lo que significa que mil ciento veinte y un pies mas arriba, es decir, en la cima del Faulhorn, tiritaba muchísimo.

Así, pues, me precipité en la barraca sin ocuparme de la hermosa perspectiva que habia ido á buscar. Sentí un fuerte dolor en el vientre, pero como no me habria sido lisonjero el verme atacado de una inflamacion aun en la mas elevada morada de Europa, reclamé en su consecuencia un gran fuego de mi huésped, que me preguntó cuantas libras de leña queria.

—¡Por Dios! dadme un haz, pese lo que pese. Tengo demasiado frio para calentarme por onzas.

El huésped fué á buscar un tronco muy gordo que suspendió de la romana, señalando el fiel diez libras.—Ahí teneis por treinta francos, me dijo.

Esto naturalmente debia parecer un poco caro á un hombre nacido en medio de un bosque en que se vende la leña á doce francos el carro, así hice un gesto muy significativo.

—¡Pardiez! caballero, me dijo el huésped que al parecer lo comprendió, es que está obligado uno á ir á buscarla á cuatro ó cinco leguas, y traerla á cuestras, lo que hace que la manutencion sea un poco cara aqui, en atencion á que no se puede guisar sin leña...

El giro de la última frase y su terminacion por una reticencia no me anunciaban nada bueno para lo demas del gasto, pero como en todo caso mi asado me costaba ya los treinta francos de leña que iba á encender para calentarme, desafié á mi huésped á que me contase el resto de la comida al mismo precio; bien entendido de que este desafio lo hice con voz baja, pues si lo hubiera hecho alto parecia-me que el hombre debia aceptar sin la menor vacilacion.

Hice, pues, serrar mi tronco en tres, me encerré con él en mi cuarto, encajé diez francos de leña en mi estufa y sacando de mi saco ropa blanca, un pantalon de paño y mi levita algodonada, empecé una *toilette* análoga á la localidad.

Apenas habia acabado cuando llamó á mi puerta Willer: me invitaba á que me despa-chase si queria gozar de la perspectiva en toda su estension del horizonte. El tiempo amenazaba tempestad, y esta prometia quitar-

nos de los ojos bien pronto el aspecto del inmenso panorama que íbamos á ver. Me apresuré á salir.

Subimos inmediatamente á una colina de unos quince pies de altura, contra la que se apoya la posada, y nos hallamos en la cima mas elevada del Faulhorn.

Volviéndonos hácia el Norte, teníamos en frente de nosotros toda la cadena de neveras que veíamos desde Berna, y que corriendo de Oriente á Occidente, á cuatro ó cinco leguas de nosotros, parecían cerrar el horizonte únicamente á algunos pasos de distancia. Parecían todos aquellos colosos de cabelleras y espaldas blancas, la personificación de los siglos agarrándose por las manos y rodeando al mundo: algunos mas gigantes que los demas, tales como el Walter-Horn, el Finster-Ahorn, la Yungfrau y la Blumlisalp, sobrepujaban en la cabeza á toda aquella familia patriarcal de ancianos, y de tiempo en tiempo nos daban el ruidoso espectáculo de un alud desprendiéndose de su frente, desplegándose sobre sus espaldas cual una cascada, y deslizándose entre las rocas que formaban sus armaduras cual una inmensa serpiente cuyas plateadas escamas brillan á los rayos del sol. Cada uno de aquellos picos lleva un nombre significativo que debe ya á su forma, ya á algunas tradiciones conocidas de las gentes del pais, tales como el Schveck-Horn, *pico truncado*, ó la Blumlisalp, *montaña de las flores*.

Volvíamos hácia el Mediodía, el paisaje cambiaba completamente de aspecto. A tres pasos del lugar en donde nos hallábamos, la montaña hendida por algún cataclismo y cortada perpendicularmente, dejaba ver, extendiéndose á seis mil quinientos pies debajo de nosotros, todo el valle de Interlaken, con sus pueblecillos y sus dos lagos que parecían inmensos espejos, colocados en su marco verde para que Dios desde el cielo pudiese mirarse en ellos. Mas alta y en lontananza se destacaban en masas sombrías, sobre un horizonte azulado, el Pilato y el Righi, colocados á los dos lados de Lucerna, cual los gigantes de las *Mil y una noches* encargados de guardar alguna ciudad maravillosa, mientras que á sus pies se retorcia el lago de los Cuatro cantones; y detrás de ellos, tan lejos como la vista podía extenderse, resplandecía el lago azul de Zug, confundido con el cielo al que parecia tocar.

Tocóme Willer en la espalda, volvi la cabeza, y siguiendo con los ojos la direccion de su dedo, vi que iba á asistir á uno de los espectáculos mas imponentes de la naturaleza despues de una tempestad en el mar, es decir, á una tempestad en la montaña. Las nubes que traía consigo la tempestad se desprendían unas de la cumbre del Walter-Horn, y otras de los lados de la Yungfrau, y avanzaban silenciosos, negros y amenazadores, cual dos ejércitos enemigos que marchan uno con-

tra otro y no quieren empeñar el fuego sino á una distancia mortal. Aunque vogaban con estrema rapidez, no se sentía el menor soplo de aire; hubiérase dicho que iban impulsadas las unas contra las otras por un doble poder atractivo; un silencio profundo, que no turbaba el grito de ningun ser, se habia extendido sobre la naturaleza, y toda la creacion entera parecia aguardar muda é inmóvil la crisis que le amenazaba.

Un relámpago, seguido de una detonacion espantosa, reproducida y prolongada por los ecos de las neveras, anunció que las nubes acababan de chocar, y que el combate habia comenzado. Aquella conmocion eléctrica pareció devolver la vida á la creacion, que se despertó sobresaltadamente con todos los sintomas del terror. Un aire caliente y pesado pasó sobre nosotros, agitando á falta de árboles una gran cruz de madera mal fijada en la tierra; los perros de nuestros guías aullaron, y tres gamos, levantándose de no sé donde, se presentaron de repente, brincando sobre la cuesta de la montaña que se elevaba al lado de la nuestra. Una bala que les envié y fué á parar á la nieve á algunos pies cerca de ellos, no les llamó en lo mas minimo la atencion, el ruido del tiro ni les hizo siquiera volver la cabeza, tan entregados estaban al terror que les inspiraba el huracan.

Durante este tiempo las nubes se cruzaban, pasando una por encima de la otra, y lanzándose mutuamente relámpago por relámpago. Veíanse acudir de todos los puntos del horizonte, como regimientos presurosos por tomar parte en una batalla, nubes de formas y colores diferentes, que precipitándose en la refriega, acrecentaban la masa de los vapores que se reunían á ellos. Pronto todo el Mediodía se hallaba encendido; la parte del cielo donde estaba el sol, tomó un color de púrpura encendido; el paisaje se iluminó de una manera fantástica; el lago de Thun parecia arrastrar olas de llamas; el de Brienz se tiñó de verde, como una decoracion de la ópera iluminada por luces de color, y los de los Cuatro cantones y Zug perdieron su tinte azulado para tomar un blanco mate.

Bien pronto el viento redobló su violencia, los grupos de nubes se desgarraron, y azotados por él se separaron del centro comun, se diseminaron en todas direcciones, y como á una señal dada, se precipitaron sobre la tierra, desaparecieron diversas porciones de paisaje, como si sobre ellas se hubiese corrido un telon. Sentimos algunas gotas de lluvia, despues casi en el mismo tiempo fuimos envueltos en vapor; encendiése junto á nosotros el relámpago, y reflejó uno de sus rayos en el cañon de mi carabina, que solté cual si fuera un hierro ardiendo. Nos encontráramos en medio de la tormenta. Dejé oír un *sálvese el que pueda* general, y nos refugiamos en la

posada. Por espacio de diez minutos azotó la lluvia nuestras vidrieras, el huracan hizo temblar la casa cual si quisiera arrancarla de cuajo, y el rayo pareció literalmente tocar á nuestra puerta. Al fin paró la lluvia, aclaró el tiempo y nos aventuramos á salir. El cielo estaba sereno, el sol radiante; la tempestad que antes habíamos tenido sobre nosotros se hallaba entonces á nuestros pies, y el ruido del trueno subía en vez de bajar. A cien pies debajo de nosotros la tormenta, como un vasto mar, rodaba sus olas en cuya profundidad se encendía el relámpago, y luego de aquel Océano que cegaba los precipicios y los valles salían como grandes islas, las nevadas cabezas del Eiger, del Montek, de la Blumlisalp y de la Yungfrau. De repente se presentó un ser animado, bajando en medio de aquella olas de vapor y elevándose á su superficie; era una grande águila de los Alpes que buscaba el sol, y que descubriéndole por fin, subió magistrosamente hácia él, pasando á cuarenta pasos de mí, sin que pensase siquiera en enviarla una bala, tan atónito estaba en la contemplacion del magnífico espectáculo que me rodeaba. Tronó la tempestad durante el resto del día en el valle: sobrevino la noche.

Muerto de cansancio, y molestado aun por mis dolores, contaba con el sueño para restablecer mi equilibrio sanitario, que sentía violentamente desarreglado; pero contaba sin la huésped, ó por mejor decir sin mis huéspedes.

Apenas me hube acostado, cuando empezó sobre mi cabeza una barahunda infernal. Parecia que el fluido eléctrico derramado en el aire habia impresionado vigorosamente el sistema nervioso de nuestros guías é impulsádoslos á la alegría. Los malditos se hallaban en número de doce reunidos en la especie de granero que formaba el primer piso de la casa, cuya planta baja habitaban los viajeros; y como el piso bajo y alto, no estaban separados si no por unas tablas de pino de una pulgada de grueso á lo mas, no perdíamos una sílaba de una conversacion que tal vez me hubiera parecido tan interesante como alegre, á no ser en idioma alemán. El ruido de los vasos que chocaban sin interrupcion, la introduccion de dos ó tres nuevos convidados de diferente sexo, la completa ausencia de luces, desterradas por temor á un fuego, me infundieron tan vivos recelos sobre la duracion y ruidosa progresion de aquella bacanal, que cogí el baston ferrado que tenia al lado de la cama, y pegué á mi vez unos cuantos porrazos en el techo, en señal de invitacion al silencio. Efectivamente, paró el estruendo, los alborotadores hablaron en voz baja, pero al parecer era para concertar mutuamente la resistencia, pues á pocos instantes una grande careajada me dió á conocer el ningun caso que hacían de mi reclamacion. Agarré otra vez el baston y la renové acompañandola del mas abominable

juramento alemán que pude hallar en el repertorio tudesco. Esta vez no tardó la respuesta, pues uno de ellos cogió una silla, dió con ella en el suelo los mismos golpes que yo habia dado y para no diferenciarse en nada, me devolvió en francés el mas hermoso voto que he oido en toda mi vida. ¡Era un pronunciamiento completo!

Quedéme un instante aturdido de la respuesta, y despues me puse á pensar por que medio podria obligar á los rebeldes á rendirse. Mi silencio les hizo creer en mi derrota, y los gritos y la barahunda volvieron á comenzar de nuevo en las regiones superiores.

Sin embargo, acababa de acordarme de que el cañon de mi estufa tenia su orificio en un rincon del mismo granero en donde se solazaban mis enemigos. Lo caro de la leña habia hecho presumir al dueño que aquella estufa seria habitualmente un mueble de lujo, no habiéndole en consecuencia, inspirado esta conviccion récelo alguno sobre los resultados, supuesto que si no hay fuego sin humo, es incontestable tambien que mucho menos hay humo sin fuego.

Este recuerdo fué un rayo de luz, otro menos modesto la llamaria inspiracion del genio. Salté de la cama dando palmadas como un gefe árabe que llama á su caballo, y corriendo á la cocina, reñí cuanto heno pude hallar en ella, lo trasladé á mi fortaleza, cuyas puertas y ventanas atranqué por dentro y comencé al punto mis preparativos de venganza. Consistían, como sin duda habrá ya adivinado el lector en humedecer ligeramente la materia combustible á fin de que diese el humo mas denso posible; despues de adoptada anteriormente esta precaucion, atestar bien de ella la estufa, y por último dispuesta de este modo la artilleria, poner fuego á los combustibles. Así lo ejecuté, y volvíme muy tranquilo á esperar el resultado en mi cama, el resultado de una operacion tan hábilmente dispuesta, y de cuyo triunfo me daba garantías seguras la oscuridad que envolvía á mis enemigos.

En efecto, pasaron algunos minutos sin que hubiese cambio alguno en el proceder de mis guías, pero de pronto uno de ellos tosió, otro estornudó, y un tercero despues de un instante consagrado á la aspiracion nasal, afirmó que aquello olía á humo; al oír esto se levantaron todos de la mesa.

Aquel era el momento de redoblar mi fuego, y de aprovechar el desórden que se habia introducido en el ejército enemigo, para evitar volviése á rehacerse otra vez; precipitéme, pues, á la estufa, atestéla con carga doble, y luego cerrando la portezuela, esperé con los brazos cruzados, como un artillero al pie del cañon, el resultado de aquella segunda maniobra.

Fué tambien tan completa cual yo podia desear, ya no eran ni toses ni estornudos, sino gritos de rabia, aullidos de desesperacion;